

¿La guerra o la paz? (Las fuerzas internas de la revolución)

León Trotsky
20 de marzo de 1917

(Versión al castellano desde "La guerre ou la paix? (Les forces internes de la révolution)", en *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 290-292.
Publicado el 20 de marzo de 1917 en *Novy Mir*.)

La cuestión que interesa sobre todas las cosas a los gobiernos y pueblos del mundo entero, a saber ¿qué influencia tendrá sobre el curso de la guerra la revolución rusa? ¿Hará ésta que se aproxime la paz? O bien, por el contrario ¿no se orientará el entusiasmo revolucionario hacia una prolongación de las hostilidades? Es una cuestión grave. De su resolución, en uno u otro sentido, dependen tanto el destino de la guerra como, también, el de la misma revolución.

En 1905, Miliukov llamaba a la guerra ruso-japonesa una aventura y exigía el inmediato cese del conflicto. Toda la prensa liberal y radical escribía en ese sentido. Las más potentes organizaciones industriales se declaraban (a pesar de derrotas sin parangón) a favor del fin de la guerra. ¿Cómo explicar esto? Gracias a la esperanza en una reforma interna. El establecimiento de un orden constitucional, el control parlamentario sobre el presupuesto y la economía, la difusión de la enseñanza y la reforma agraria, habrían debido elevar el nivel de vida, aumentar la población y crear un inmenso mercado interno para la industria. Es cierto que la burguesía rusa estaba dispuesta a apoderarse de cualquier tierra extranjera, pero daba por descontado que el enriquecimiento de los campesinos le ofrecería un mercado más pujante que Manchuria o Corea.

Sin embargo, se demostró que democratizar al país y enriquecer a los campesinos no era cosa tan fácil. Ni el zar ni su nobleza, ni la clase de los funcionarios, consintieron en ceder ni una pulgada de sus privilegios. Recibir de sus manos la máquina gubernamental y tierras no podía hacerse mediante los procedimientos de los liberales; se necesitaba la potente presión de las masas. Pero la burguesía no la quería. Las revueltas campesinas, la lucha sin cesar más dura del proletariado y el crecimiento de la agitación en el ejército, rechazaron a la burguesía liberal al campo de la burocracia zarista y de la reacción constituida por los nobles. Su unión se vio reforzada por la media vuelta gubernamental del 3 de junio de 1907. De ésta nacieron la Duma del mismo nombre y la que actualmente está en ejercicio.

Los campesinos no recibieron tierra alguna. Las instituciones gubernamentales cambiaron más de forma que de realidad. No se obtuvo la creación de un rico mercado interno siguiendo el modelo de los granjeros norteamericanos. Las clases capitalista, reconciliándose con el régimen, se esforzaron en conquistar los mercados exteriores. Se asistió al inicio de un nuevo imperialismo ruso, con una economía gubernamental y militar depravada y de apetitos insaciables. Guchoy sesionaba en la Comisión de Defensa Nacional que debía acelerar el desarrollo del ejército y de la flota. Miliukov elaboraba un programa de anexiones y lo difundía a través de Europa.

Una gran parte de la responsabilidad de la guerra recae sobre el imperialismo ruso y sus representantes octubristas y cadetes: sobre este punto, los Guchoy y Miliukov no tienen nada que reprocharles a los Bachibuzuk del imperialismo alemán: tanto monta, monta tanto.

Guchoy y Miliukov están en el poder gracias a la revolución, que no han deseado y contra la que luchan. Quieren la prolongación de la guerra. Quieren victorias. ¡Y qué se sabe más! Han arrastrado al país a la guerra para servir a los intereses del capitalismo. Toda su oposición al zarismo provenía de la insatisfacción de sus apetitos capitalistas. Mientras se mantuvo en el poder la camarilla de Nicolás la política

extranjera estaba dominada por los intereses dinásticos y reaccionarios. Por ello, en Berlín y en Viena, siempre se confiaba en llegar a la firma de una paz por separado. Ahora, en la bandera gubernamental están inscritos los intereses de un imperialismo integral. “Ya no existe el poder zarista [le dicen Guchoy y Miliukov al pueblo] ahora debéis derramar vuestra sangre por el interés nacional de todos.” Bajo esas palabras los imperialistas entienden el retorno de Polonia, la conquista de Galicia, Constantinopla, Armenia y Persia. Con otras palabras, Rusia se coloca al mismo nivel que el resto de estados europeos y, ante todo, el de sus Aliados: Francia e Inglaterra.

Inglaterra es una monarquía parlamentaria, Francia es una república. En ellas están en el poder liberales e incluso socialpatriotas. Pero esto no cambia en nada el carácter imperialista de la guerra; por el contrario: lo camufla. Y los trabajadores revolucionarios llevan adelante una lucha implacable contra la guerra tanto en Inglaterra como en Francia.

El cambio del imperialismo dinástico a un imperialismo puramente burgués no reconcilia al proletariado con la guerra. La lucha internacional contra el imperialismo sigue siendo, más que nunca, nuestro objetivo supremo. Los telegramas relatando manifestaciones contra la guerra en las calles de Petrogrado confirman que nuestros camaradas cumplen valerosamente con su deber.

Las jactancias imperialistas de Miliukov (aplantar a Alemania, Austria y Turquía) sirven de la mejor manera de las posibles a los Hohenzollern y Habsburgo. Miliukov ejerce ahora el papel de espantapájaros. Antes incluso de haber procedido a una reforma del ejército, el Gobierno Provisional ayuda a los Hohenzollern a sostener el espíritu patriótico y a mantener la “unidad” del pueblo alemán que cede por todas partes. Si el proletariado alemán llegase a creer que el proletariado ruso, la principal fuerza revolucionaria, apoya al gobierno burgués, eso sería un terrible golpe para nuestros hermanos de Alemania. La conversión de los trabajadores rusos en una carne de cañón patriótica al servicio del liberalismo burgués empujaría a las masas alemanas al campo del chovinismo y frenaría durante mucho tiempo el desarrollo de la revolución en Alemania.

El primer deber del proletariado ruso es mostrar que el gobierno no tiene el apoyo de las masas. La revolución rusa debe desvelarle al mundo entero su gran figura, es decir su hostilidad irrenunciable a la reacción y al imperialismo liberal.

El futuro desarrollo de la lucha revolucionaria y la creación de un Gobierno Obrero Revolucionario descargarían un golpe mortal sobre los Hohenzollern pues le darían un fuerte impulso al movimiento revolucionario alemán, así como, también, a las masas del resto de naciones europeas. Si la primera revolución rusa de 1905 provocó revueltas en Asia, Persia, Turquía y China, la segunda marcará el inicio de una gigantesca lucha social y revolucionaria en Europa. Solo esto aportará una paz duradera a la Europa cubierta de sangre.

No, el proletariado ruso no se dejará encadenar al carro del imperialismo miliukoviano. Sobre los estandartes de la socialdemocracia rusa, más vivos que nunca, brillan las consignas del internacionalismo intransigente:

¡Abajo los codiciosos imperialistas!
¡Viva el Gobierno Obrero Revolucionario!
¡Viva la paz y la fraternidad entre los pueblos!

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es